

Hechos

1. Durante más de doscientos cincuenta años, entre 1607 y 1865, los vampiros prosperaron en las sombras del territorio que ahora conocemos como Estados Unidos. Pocos humanos creían en ellos.
2. Abraham Lincoln fue uno de los más hábiles cazadores de vampiros de su época, y relató en su diario secreto la guerra que libró toda su vida contra ellos.
3. Los rumores sobre la existencia de este diario han sido desde hace tiempo uno de los temas favoritos de los historiadores y de los biógrafos de Lincoln. La mayoría lo tildan de mito.

Introducción

No puedo hablar de las cosas que he visto, ni buscar consuelo por el dolor que siento. Si lo hiciera, esta nación caería en una locura más profunda, o creería que su presidente estaba loco. Me temo que la verdad debe vivir como papel y tinta. Oculta y olvidada hasta que todas las personas que nombro aquí hayan fallecido.

*Abraham Lincoln, en una entrada de su diario
3 de diciembre de 1863*

I

Yo seguía sangrando..., las manos me temblaban. Supuse que él continuaba aquí, observándome. En alguna parte, a través de un inmenso abismo de espacio, había un televisor encendido. Un hombre hablaba sobre unidad.

Nada de ello importaba.

Los libros dispuestos ante mí eran las únicas cosas que existían ahora. Los volúmenes encuadernados en cuero de diversos tamaños, cada uno de un tono negro o marrón distinto. Algunos simplemente viejos y manoseados. Otros cuyas maltrechas cubiertas apenas los sostenían juntos, con unas páginas que parecía como si fueran a desintegrarse si algo más potente que el aliento soplara sobre ellas. Junto a ellos había un puñado de cartas sujetas por una cinta elástica roja. Algunas con los bordes chamuscados. Otras tan amarillentas como los filtros de cigarrillo diseminados por el suelo

del sótano más abajo. Lo único que destacaba entre estas antiguallas era un flamante folio blanco. En un lado, los nombres de once personas que yo no conocía. No había ningún número de teléfono. Ningún correo electrónico. Sólo las direcciones de nueve hombres y dos mujeres, y un mensaje escrito en la parte inferior de la página.

Te esperan.

En alguna parte ese hombre seguía hablando. Colonizadores... esperanza... Selma.

El libro que sostenía en las manos era el más pequeño de los diez, y sin duda el más frágil. Su desteñida tapa marrón estaba desgastada y cubierta de arañazos. El broche de metal que antaño había guardado sus secretos a buen recaudo estaba roto. Dentro, cada centímetro de papel estaba cubierto de tinta; en algunas partes, tan oscura como el día en que se había secado; en otras, tan desteñida que apenas podía leer lo que había escrito. En total, había ciento dieciocho páginas escritas a mano, por ambas caras, adheridas a duras penas al lomo. Estaban llenas de íntimos anhelos; teorías; estrategias; toscos dibujos de hombres con rostros extraños. Estaban llenas de historias de segunda mano y detalladas listas. Mientras las leía, observé cómo la caligrafía del autor evolucionaba, pasando de la letra excesivamente cauta de un niño a la letra firme y compacta de un joven.

Cuando terminé de leer la última página, me volví para cerciorarme de que seguía solo, y regresé a la primera. Tenía que releer el manuscrito. Ahora, antes de que la razón arrojara a sus perros contra las peligrosas opiniones que empezaban a desfilar por mi mente.

El librito comenzaba con estas siete absurdas y fascinantes palabras:

Éste es el diario de Abraham Lincoln.

Rhinebeck es una de esas poblaciones del interior de la que el tiempo se ha olvidado. Una población cuyas calles están llenas de establecimientos regentados por familias y de rostros conocidos, donde la posada más antigua de Norteamérica (en la que, como cualquier habitante le informará con orgullo, durmió, sin peluca, el mismísimo George Washington) sigue ofreciendo sus comodidades a precios asequibles. Es una población donde las personas se regalan unas a otras colchas de retales hechas a mano y utilizan estufas de leña para calentar sus casas; y donde he visto, en más de una ocasión, una tarta de manzana enfriándose sobre la repisa de una ventana. Un lugar como los que se ven en una bola de nieve de cristal.

Como buena parte de Rhinebeck, la tienda de todo a un dólar en East Market Street (antes a cinco y a diez centavos) es la viva imagen de un pasado que agoniza. Desde 1946, los lugareños lo adquieren todo allí, desde relojes de arena para cocer huevos y cinta para dobladillos hasta lápices y juguetes navideños. «Si nosotros no lo vendemos, no lo necesita», dice el letrero sobre el que el sol cae a plomo en la vitrina. «Y si a pesar de todo lo necesita, nosotros se lo encargaremos.» Dentro, entre superficies de linóleo con dibujos a cuadritos y luces fluorescentes poco favorecedoras, hallará todos los objetos que existen sobre la faz de la tierra organizados en bandejas. Los precios están escritos con rotulador. Las tarjetas de crédito se aceptan a regañadientes. Éste era mi hogar, desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco y media de la noche. Seis días a la semana. Cada semana.

Siempre había sabido que acabaría trabajando en esa tienda cuando me graduara, como venía haciendo todos los veranos desde que había cumplido quince años. Yo no era de la familia en el sentido estricto de la palabra, pero Jan y Al siempre me habían tratado como a uno de sus hijos, ofreciéndome trabajo cuando más lo necesitaba; dándome un poco de dinero cuando estudiaba. Yo calculaba que les debía seis meses, desde junio hasta Navidad. Ése era el plan. Seis meses trabajando en la tienda de día, y en mi

novela por las noches y los fines de semana. Tiempo de sobra para terminar el primer borrador y darle un buen repaso. Manhattan estaba sólo a hora y media en tren, y allí me dirigiría cuando hubiera terminado, con un par de kilos de oportunidad no solicitada y revisada bajo del brazo. Adiós, valle del Hudson. Hola, circuito de conferencias.

Nueve años más tarde, seguía en la tienda.

En cierto momento entre el hecho de casarme, sobrevivir a un accidente de coche, tener un hijo, abandonar mi novela, iniciar y abandonar otra media docena, tener otro hijo y tratar de mantenerme al corriente de todas las facturas, ocurrió algo tan inesperado como deprimentemente típico: dejó de interesarme escribir y empecé a interesarme por todo lo demás: los niños; el matrimonio; la hipoteca; el negocio. Me enfurecía cuando veía a los lugareños entrar a comprar en la tienda de informática situada a pocos metros. Adquirí un ordenador para mantener el inventario al día. Ante todo, me dedicaba a idear nuevos métodos para que la gente entrara en nuestro establecimiento. Cuando la librería de viejo en Red Hook cerró, compré parte de sus existencias e instalé una estantería de libros de préstamo al fondo. Sorteos. Liquidaciones. Wi-Fi. Lo que fuera con tal de conseguir que la gente entrara en la tienda. Cada año probaba algo nuevo. Y cada año lográbamos a duras penas mantenernos a flote.

Hacía aproximadamente un año que Henry* se pasaba de vez en cuando por la tienda cuando un día empezamos a conversar. Hasta entonces sólo habíamos cambiado frases cordiales de rigor: «Que vaya bien», «Hasta pronto». Sólo conocía su nombre por los rumores que corrían por Market Street. Decían que Henry había adquirido una de las mansiones más imponentes junto a la Nacional 9G, y que había contratado a una legión de obreros para que la

* No era el nombre que utilizaba a la sazón. En aras de la coherencia, a lo largo del libro, inclusive aquí, me refiero a él por su verdadero nombre. (*N. del A.*)

remozaran. Era algo más joven que yo, tenía unos veintisiete años, el pelo oscuro y alborotado, lucía un bronceado que le duraba todo el año y unas gafas de sol distintas en cada ocasión. Saltaba a la vista que tenía dinero. Su ropa lo proclamaba a gritos: camisetas *vintage*, blazers de pura lana, vaqueros que costaban más que mi coche. Pero no era como otras personas adineradas que acudían a la tienda. Los domingueros gilipollas que se referían entusiasmados a nuestra «encantadora» población y nuestra «adorable tiendecita»; que pasaban frente a nuestro cartel que decía «NO SE ADMITEN BEBIDAS NI COMIDA» con sus grandes tazas de café con sabor a avellana, sin gastarse jamás un centavo. Henry era educado. Discreto. Lo mejor era que nunca se marchaba sin gastarse al menos cincuenta dólares, principalmente en reliquias que hoy en día sólo se encuentran en tiendas especializadas, como pastillas de jabón Lifebuoy, botes de Angelus Shoe Wax y demás. Entraba, pagaba en efectivo y se marchaba. «Que vaya bien. Hasta pronto.» Un buen día, en otoño de 2007, alcé la vista de mi cuaderno con espiral y vi a Henry. Estaba al otro lado del mostrador, mirándome como si yo acabara de decir algo repugnante.

—¿Por qué lo ha dejado?

—Perdón..., ¿cómo dice?

Henry indicó la libreta que tenía ante mí. Siempre tenía una junto a la caja registradora, por si se me ocurría alguna idea u observación brillante (lo cual no ocurría nunca, pero como suele decirse, *semper fidelis*). Durante las cuatro últimas horas, había llenado media página con ideas sobre historias que ocupaban una línea, ninguna de las cuales merecía una segunda línea. La parte inferior de la página se reducía al dibujo de un hombrecillo haciendo el gesto de «que te den» a una feroz y gigantesca águila de garras afiladas como cuchillas. Debajo decía: «Mofarse de un ave asesina», un juego de palabras con el título de la novela *Matar a un ruiseñor*. Lamentablemente, era la mejor idea que se me había ocurrido en varias semanas.

—Lo de escribir. Me intriga que lo haya abandonado.

Entonces fui yo quien le miré atónito. Por alguna razón, de pronto pensé en un hombre armado con una linterna que registraba los estantes cubiertos de telarañas de un lúgubre almacén. No era un pensamiento agradable.

—Lo siento, pero no...

—No lo comprende. Es lógico. Disculpe, no debí interrumpirle. Ha sido una grosería.

Joder... Ahora me sentía obligado a disculparme por sus disculpas.

—No tiene importancia. Es que... ¿Qué le indujo a...?

—Me pareció una persona aficionada a escribir.

Señaló la estantería de libros de préstamo situada al fondo.

—Está claro que ama los libros. Le veo escribir de vez en cuando... Deduje que era una pasión. Sentí curiosidad por averiguar por qué no se había dedicado a ella.

Era razonable. Un tanto pomposo (¿acaso el hecho de que trabaje en una tienda de todo a un dólar significa que no me dedico a escribir?), pero lo bastante razonable para relajar la tensión. Le ofrecí una respuesta sincera y deprimentemente típica, algo así como: «La vida es lo que ocurre mientras haces otros planes». Eso nos llevó a una discusión sobre los Beatles, que nos llevó a una discusión sobre John Lennon, que nos llevó a una discusión sobre Yoko Ono, que no nos llevó a ninguna parte. Conversamos. Le pregunté si le gustaba esta zona. Cómo iban las reformas de su casa. A qué se dedicaba. Henry me dio respuestas satisfactorias a todas estas preguntas. No obstante —mientras conversábamos amistosamente, como dos tipos charlando de nimiedades—, no pude evitar pensar que se desarrollaba otra conversación paralela. Una conversación en la que yo no participaba. Tuve la impresión de que las preguntas de Henry eran cada vez más personales. Tuve la impresión de que mis respuestas también lo eran. Él me preguntó por mi esposa. Mis hijos. Mis libros. Me preguntó por mis padres. Si me arrepentía de algo. Yo respondí a todas sus preguntas. Sabía que era extraño. Pero no me importaba. Quería contárselo.

A este hombre joven, rico, con el pelo alborotado, que lucía unas gafas de sol y unos vaqueros carísimos. Un tipo al que nunca le había visto los ojos. A quien apenas conocía. Deseaba contárselo todo. Surgió a borbotones, como si Henry hubiera extraído una piedra que se me hubiera quedado atascada en la boca hacía años, una piedra que mantenía todos mis secretos estancados. La muerte de mi madre siendo yo niño. Los problemas con mi padre. Cuando me fugué de casa. Mi afición a escribir. Mis dudas. La enojosa certeza de que existía algo más que esto. Nuestros apuros económicos. Mi lucha contra la depresión. Las veces que había pensado en escapar de aquí. Las veces que había pensado en suicidarme.

Apenas recuerdo haberle contado la mitad de estas cosas. Quizá no lo hice.

En cierto momento, pedí a Henry que leyera mi novela inconclusa. La idea de que él u otra persona lo hiciera me horrorizaba. Incluso me horrorizaba la idea de volverla a leer. Pero se lo pedí.

—No es necesario —respondió.

Fue la conversación más extraña que yo había mantenido (hasta la fecha). Cuando Henry se disculpó y se fue, me sentí como si hubiese recorrido veinte kilómetros en un *sprint* demoledor.

No volvió a ocurrir. La siguiente vez que vino, cambiamos las frases corteses de rigor, nada más. «Que vaya bien. Hasta pronto.» Henry compró su jabón y su betún. Pagó en efectivo. Siguió viniendo de vez en cuando, pero cada vez con menos frecuencia.

La última vez que apareció, en enero de 2008, llevaba un pequeño paquete envuelto en papel marrón atado con un cordel. Sin decir palabra, lo depositó junto a la caja registradora. Su jersey gris y su bufanda de color rojo tenían unos copos de nieve adheridos, y unas minúsculas gotitas habían salpicado sus gafas de sol. No se molestó en limpiarlas. Lo cual no me chocó. Sobre el paquete había un sobre blanco con mi nombre escrito en él; la tinta se había mezclado con un poco de nieve derretida y había empezado a correrse.

Metí la mano debajo del mostrador y apagué el volumen del pequeño televisor que tenía allí para ver los partidos de los Yankees. Hoy había puesto las noticias. Era la mañana de las primarias en Iowa, y Barack Obama andaba empatado con Hillary Clinton. Lo que fuera con tal de entretener el tiempo.

—Quiero darle esto.

Durante unos instantes, le miré como si lo hubiera dicho en noruego.

—Espere, ¿esto es para mí? Pero ¿qué...?

—Lo siento, me espera un coche fuera. Lea primero la nota. Me pondré en contacto con usted.

Y se marchó. Observé a Henry atravesar la puerta y salir al gélido exterior, preguntándome si alguna vez dejaba que alguien terminara una frase, o si sólo hacía eso conmigo.

II

El paquete permaneció debajo del mostrador el resto de día. Me moría de ganas de abrir el dichoso paquetito, pero como no tenía idea de quién era ese tipo, no quería arriesgarme a desenvolver una muñeca hinchable o un kilo de heroína en el preciso momento en que entrara una *girl scout*. Dejé que mi curiosidad se consumiera hasta que las calles se oscurecieron y la señora Kallop se decidió por fin por el hilo de color verde oscuro (después de noventa minutos de angustiosas dudas), tras lo cual cerré la puerta unos minutos antes de lo habitual. ¡Al cuerno con los clientes rezagados esta noche! La Navidad ya había pasado, y en cualquier caso teníamos poca clientela. Por lo demás, todo el mundo estaba en casa viendo cómo se desarrollaba el drama en Iowa entre Obama y Hillary. Decidí fumarme un cigarrillo en el sótano antes de irme a casa para ver los resultados. Tomé el regalo de Henry, apagué las luces fluorescentes y subí el volumen del televisor. Si daban alguna noticia sobre las elecciones, oiría el eco a través de la escalera.

El sótano contenía pocas cosas. Aparte de unas cajas llenas a rebosar de género colocadas junto a las paredes, el cuarto estaba prácticamente vacío, con un cochambroso suelo de hormigón y una bombilla de cuarenta vatios que colgaba del techo. Había una vieja mesa-archivador de acero inoxidable sobre la que había colocado el ordenador del inventario, un archivador con dos cajones donde guardábamos algunos documentos, y un par de sillas plegables. Un calentador de agua. Una caja de fusibles. Dos ventanucos que daban al callejón que había arriba. Principalmente, era donde bajaba a fumar durante los fríos meses de invierno. Acerqué una silla plegable a la mesa, encendí un pitillo y empecé a desatar el cordel del paquete...

La carta.

Se me ocurrió de golpe, como una de esas brillantes ideas u observaciones que anotaba en la libreta cuando se me ocurrían. Henry me había dicho que leyera primero la carta. Saqué la cuchilla del ejército suizo del bolsillo de mi pantalón (siete dólares con veinte centavos más IVA, más barata que en cualquier otro lugar de Dutchess County, se lo aseguro), y abrí el sobre con un rápido movimiento de la muñeca. Contenía un folio de color blanco con una lista de nombres y direcciones mecanografiados en una cara. En la otra, una nota escrita a mano:

Hay ciertas condiciones que debo pedirle que acepte antes de que abra el paquete.

En primer lugar, entienda que no se trata de un regalo, sino de un préstamo. Más adelante, cuando lo estime oportuno, le pediré que me devuelva estos objetos. Ante todo, debe prometerme solemnemente que los protegerá a toda costa, y que los tratará con el cuidado y respeto con que trataría cualquier objeto de gran valor.

Segundo, el contenido de este paquete es de una naturaleza extremadamente sensible. Por tanto, debo pedirle que no comparta ni hable con nadie del asunto, aparte de mí y las

once personas que figuran en la lista, hasta que yo le autorice a hacerlo.

Tercero, estos objetos le han sido prestados a condición de que escriba un manuscrito sobre ellos de, digamos, una extensión considerable, que deberá someter a mi aprobación. Puede tomarse el tiempo que necesite. Cuando haya completado el manuscrito de acuerdo con lo estipulado, percibirá una compensación justa por su trabajo.

Si no puede cumplir ninguna de estas condiciones por el motivo que fuere, le ruego que se detenga y espere a que me ponga en contacto con usted. No obstante, si accede a acatarlas, puede proseguir.

Creo que es lo que se propone hacer.

H

¡Caray con la nota! ¡Ahora era imposible que no abriera el paquete!

Arranqué el papel, descubriendo un puñado de cartas sujetas por una cinta elástica roja, y diez libros encuadernados en cuero. Abrí el primer libro del montón. Al hacerlo, un mechón rubio cayó sobre la mesa. Lo tomé, lo examiné y jugueteé con él mientras leía al azar un pasaje de las páginas entre las que lo habían guardado.

... ojalá pudiera desaparecer de esta tierra, donde ya no hay amor. Me la han arrebatado, y con ella me han arrebatado toda esperanza de...

Hojéé el resto del primer libro, fascinado. Arriba, una mujer enumeraba nombres de condados. Páginas y páginas..., cada centímetro de las mismas cubierto con una letra apretada. Con fechas como 6 de noviembre de 1835; 3 de junio de 1841. Con dibujos y listas. Con nombres como Speed, Berry y Salem. Con una palabra que aparecía una y otra vez:

Vampiro.

Los otros libros eran iguales. Sólo cambiaban las fechas y la caligrafía. Los hojeé todos.

... allí vi, por primera vez, a hombres y niños vendidos como... precauciones, pues sabíamos que Baltimore estaba repleto de... era un pecado que yo no podía perdonar. Me vi obligado a degradar a...

Dos cosas eran evidentes: todos los libros estaban escritos por la misma persona, y todos eran muy antiguos. Aparte de eso, yo no tenía idea de qué eran, ni qué había inducido a Henry a prestármelos. De pronto me fijé en la primera página del primer libro, y en esas siete palabras absurdas: «Éste es el diario de Abraham Lincoln». Solté una carcajada.

Todo tenía sentido. Me quedé asombrado. Patidifuso, como si me hubieran asestado una patada en la boca. No porque sostuviera en mis manos el desaparecido diario del Gran Emancipador, sino por haberme equivocado tanto al juzgar a Henry. Había interpretado su reserva como señal de un carácter solitario. Había interpretado su fugaz interés en mi vida como señal de un carácter sociable. Pero ahora era obvio. Ese tipo estaba como una chota. O bien pretendía volverme loco a mí. Jugarme una de esas bromas pesadas que suelen hacer los tíos ricos para divertirse. Pero era imposible que fuera una broma pesada. ¿Quién iba a molestarse hasta estos extremos? ¿O quizás era... una novela que el propio Henry había abandonado? Me sentí fatal. Sí. Seguro que era eso. Hojeé los libros de nuevo, confiando en detectar pequeñas pistas que apuntaran al siglo XXI. Pequeñas grietas en la armadura. Pero no había ninguna, al menos que yo viera a primera vista. Por otra parte, había algo que no cesaba de darme vueltas en la cabeza: si esto era el proyecto de una novela, ¿a qué venían los once nombres y direcciones? ¿Por qué me había pedido Henry que escribie-

ra un manuscrito sobre los libros, en lugar de pedirme que los reescribiera? La aguja empezó a inclinarse de nuevo hacia la palabra «loco». ¿Era posible? ¿Creía realmente Henry que estos diez libritos constituían el...? ¡No, era imposible que lo creyera! ¿O no?

Estaba impaciente por contárselo a mi mujer. Estaba impaciente por compartir esta locura con otra persona. En una larga lista de chalados de poca monta, este tío se llevaba la palma. Me levanté, recogí los libros y las cartas, aplasté el cigarrillo con el tacón y me volví para...

Había algo a un palmo frente a mí.

Retrocedí tambaleando, tropecé con la silla plegable y me caí, golpeándome la cabeza contra la esquina de la vieja mesa de acero inoxidable. Se me nubló la vista. Sentí la tibieza de la sangre que se deslizaba a través de mi pelo. Algo se inclinó sobre mí. Sus ojos eran dos canicas negras. Su piel, un *collage* translúcido de venitas azules que pulsaban. Y su boca... Su boca apenas contenía unos húmedos y relucientes colmillos.

Era Henry.

—No voy a lastimarte —dijo—. Sólo quiero que comprenda.

Me agarró por el cuello de la chaqueta y me levantó del suelo. Sentí la sangre que me chorreaba por la nuca.

Perdí el conocimiento.

«Que vaya bien. Hasta pronto.»

III

Me han ordenado que no entre en detalles sobre adónde me llevó Henry esa noche, ni lo que me mostró. Baste decir que hizo que me sintiera físicamente indispuerto. No por los horrores que pude haber presenciado, sino por el sentimiento de culpa de haber sido cómplice de ellos, voluntario o no.

Permanecí menos de una hora con él. En ese breve espacio de tiempo, mi comprensión del mundo quedó totalmente destruida.

Lo que pensaba sobre la muerte, el espacio, Dios... Todo ello cambió de forma irrevocable. En ese breve espacio de tiempo, llegué a creer —con meridiana claridad— algo que hacía sólo media hora me habría parecido una locura.

Los vampiros existen.

Durante una semana no pegué ojo, primero debido al terror, luego a la emoción. Cada noche me quedaba en la tienda hasta tarde, leyendo los libros y las cartas de Abraham Lincoln. Contrastando las increíbles afirmaciones con los «hechos irrefutables» de aclamadas biografías de Lincoln. Empapelé las paredes del sótano con copias impresas de viejas fotografías. Fechas. Árboles genealógicos. Escribía hasta el amanecer.

Durante los dos primeros meses, mi esposa se mostró preocupada. Durante los dos siguientes, recelosa. Al cabo de seis meses nos separamos. Yo temía por mi seguridad. Por la seguridad de mis hijos. Por mi cordura. Tenía un montón de preguntas, pero Henry no volvió a aparecer. Por fin hice acopio del suficiente valor para entrevistar a las onces «personas» de su lista. Algunas se mostraron reticentes. Otras claramente hostiles. Pero con su ayuda (aunque a regañadientes) empecé a tejer lentamente la historia oculta de los vampiros en Norteamérica. El papel que habían desempeñado en el nacimiento, desarrollo y casi muerte de nuestra nación. Y del hombre que había salvado a esa nación de su tiranía.

Durante diecisiete meses, lo sacrificué todo por esos diez libros encuadernados en cuero. Por el puñado de cartas sujetas con una cinta elástica de color ojo. En cierta forma, fueron los mejores meses de mi vida. Cada mañana, me despertaba sobre esa colchoneta hinchable en el sótano de la tienda con un propósito. Sabiendo que lo que hacía era realmente importante, aunque me sintiera completa y desesperadamente solo en esa empresa. Aunque hubiera perdido la razón.

Los vampiros existen. Y Abraham Lincoln fue uno de los cazadores de vampiros más hábiles de su época. Su diario —que arranca cuando tenía doce años y continúa hasta el día de su ase-

sinato— constituye un documento insólito, conmovedor, revolucionario. Un documento que arroja nueva luz sobre muchos de los acontecimientos decisivos en la historia de Norteamérica y añade una inmensa complejidad a un hombre considerado extraordinariamente complejo.

Hay más de quince mil libros sobre Lincoln. Su infancia. Su salud mental. Su sexualidad. Sus opiniones sobre raza, religión y litigios. La mayoría contienen una gran dosis de verdad. Algunos insinúan incluso la existencia de un «diario secreto» y «una obsesión con lo oculto». Pero ninguno de ellos contiene una sola palabra sobre la lucha central de su vida. Una lucha que acabó extendiéndose a los campos de batalla de la Guerra Civil.

Al parecer el gigantesco mito del Honesto Abe, el que nos inculcaron en nuestros primeros recuerdos en la escuela primaria, es intrínsecamente deshonesto. Tan sólo un mosaico de medias verdades y omisiones.

Lo que sigue estuvo a punto de destruir mi vida.

Lo que sigue es, por fin, la verdad.

Seth Grahame-Smith
Rhinebeck, Nueva York
Enero de 2010

PRIMERA PARTE

Niño

1

Un niño excepcional

En este triste mundo nuestro, todos experimentamos desdichas; y los jóvenes las experimentan con amargo dolor, porque les coge desprevenidos.

*Abraham Lincoln, en una carta a Fanny McCullogh
23 de diciembre de 1862*

I

El niño llevaba tanto tiempo acucillado que se le habían dormido las piernas, pero no se atrevía a moverse. Pues aquí, en un pequeño claro en el gélido bosque, estaban los animales que esperaba ver desde hacía mucho rato. Los animales que le habían encargado matar. Se mordió el labio para que los dientes no le castañetearan, y apuntó el rifle de llave de chispa de su padre tal como éste le había enseñado. «Al cuerpo —recordó—. Al cuerpo, no al cuello.» Sigilosamente, con cuidado, amartilló el arma y apuntó el cañón hacia su objetivo, un enorme macho que se había quedado rezagado del resto. Décadas más tarde, el chico recordaría lo que había ocurrido a continuación.

Dudé. No por reparos de conciencia, sino por temor a que mi rifle estuviera demasiado mojado y no se disparara. No obstante, mi temor era infundado, pues cuando apreté el gatillo, la culata me golpeó en el hombro con tal fuerza que caí de espaldas.

Los pavos se dispersaron en todas direcciones mientras Abraham Lincoln, de siete años, se levantaba del suelo cubierto de nieve. Al ponerse de pie, se tocó la extraña tibieza que sentía en la barbilla. «Me había mordido el labio con fuerza —escribió—. Pero apenas solté un grito. Estaba ansioso por saber si había alcanzado al pobre animal o no.»

En efecto, lo había alcanzado. El enorme macho agitaba las alas frenéticamente, arrastrándose a través de la nieve en pequeños círculos. Abe le observó de lejos, «temeroso de que consiguiera levantarse y me despedazara». El batir de alas; las plumas al arrastrarse por la nieve. Eran los únicos sonidos en el mundo. A ellos se unieron los resonantes pasos de Abe cuando hizo acopio del suficiente valor para acercarse. Las alas batían ahora con menos fuerza.

El animal agonizaba.

Abe le había disparado un tiro que le había atravesado el cuello. Su cabeza colgaba en un ángulo anómalo, mientras el ave seguía arrastrándose por el suelo y agitando las alas. «Al cuerpo, no al cuello.» Con cada latido de su corazón, la sangre manaba de la herida sobre la nieve, donde se mezclaba con las oscuras gotitas del labio ensangrentado de Abe y las lágrimas que empezaban a rodar por su rostro.

Boqueaba, pero no podía respirar, y sus ojos mostraban un temor que yo no había visto jamás. Permanecí de pie junto a la pobre ave durante lo que me pareció un año, rogando a Dios que sus alas dejaran de batir. Implorando su perdón por haber herido a una criatura que no me había hecho ningún daño; que no presentaba ninguna amenaza contra mi persona ni prosperidad. Por fin se quedó quieta, y yo, haciendo acopio de todo mi valor, la arrastré dos kilómetros a través del bosque y la deposité a los pies de mi madre, con la cabeza gacha para ocultar mis lágrimas.

Abraham Lincoln no volvería a cobrarse ninguna vida. Sin embargo se convertiría en uno de los mayores asesinos del siglo XIX.

Esa noche el apenado niño no pegó ojo. «No dejaba de pensar en la injusticia que había cometido contra otro ser vivo, y el temor que había visto en sus ojos a medida que la vida se le escapaba.» Abe se negó a probar la carne del animal que había matado, y durante dos semanas se alimentó de poco más que pan, mientras su madre, su padre y su hermana mayor apuraban los restos del pavo. No hay constancia de la reacción de su familia ante la huelga de hambre del niño, pero cabe pensar que la considerarían una excentricidad. A fin de cuentas, el pasar hambre voluntariamente, por principio, era una decisión inaudita en aquel entonces, y más en un niño que había nacido y se había criado en la frontera de la colonización del territorio norteamericano.

Pero Abe Lincoln siempre había sido diferente.

Norteamérica estaba aún en mantillas cuando el futuro presidente nació el 12 de febrero de 1809, tan sólo treinta y tres años después de la firma de la Declaración de Independencia. Muchos de los gigantes de la Revolución Norteamericana —Robert Treat Paine, Benjamin Rush y Samuel Chase— aún vivían. John Adam y Thomas Jefferson no reanudarían su tumultuosa amistad hasta al cabo de tres años, y no morirían hasta diecisiete años más tarde, increíblemente, el mismo día. El Cuatro de Julio.

Durante esas primeras décadas Norteamérica experimentó un desarrollo y gozó de unas oportunidades aparentemente ilimitados. Cuando nació Abe Lincoln, los residentes de Boston y Filadelfia habían visto cómo el tamaño de sus ciudades se había duplicado en menos de veinte años. La población de Nueva York se había triplicado en el mismo espacio de tiempo. Las ciudades eran más pujantes, más prósperas. «Por cada agricultor, hay dos camiseros; por cada herrero, un teatro de ópera», ironizó Washington Irving en su periódico neoyorquino, *Salmagundi*.

Pero conforme las ciudades se hicieron más populosas, también se volvieron más peligrosas. Al igual que sus homólogos en Londres, París y Roma, los habitantes de las ciudades norteamericanas habían llegado a acostumbrarse a cierta tasa de delincuen-

cia. El robo era el delito más común. Puesto que sus huellas dactilares no constaban en los archivos de la policía ni tenían que temer a las cámaras de vigilancia, los ladrones estaban limitados sólo por su conciencia y su astucia. Los atracos apenas merecían ser comentados en la prensa local, a menos que la víctima fuera una persona importante.

Hay una historia sobre una anciana viuda llamada Agnes Pendel Brown, que vivía con su viejo mayordomo (casi tanto como ella, y sordo como una tapia) en una mansión de piedra de tres plantas en Amsterdam Avenue. El 2 de diciembre de 1799, Agnes y su mayordomo se retiraron a descansar, él en el primer piso, ella en el tercero. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, todos los muebles, obras de arte, vestidos, bandejas y candelabros (incluidas las velas) habían desaparecido. Lo único que habían dejado los sigilosos ladrones eran las camas en las que dormían Agnes y su mayordomo.

De vez en cuando se producía también un asesinato. Antes de la Guerra Revolucionaria, los homicidios eran muy raros en las ciudades norteamericanas (es imposible ofrecer números exactos, pero un análisis de tres periódicos de Boston entre 1775 y 1780 arroja sólo la cifra de once casos, diez de los cuales habían sido rápidamente resueltos). Casi todos eran supuestos asesinatos por honor, como duelos o rencillas familiares. En la mayoría de los casos, nadie había presentado cargos. Las leyes de principios del siglo XIX eran imprecisas, y debido a la ausencia de fuerzas policiales regulares, difíciles de aplicar. Cabe destacar que matar a un esclavo no era considerado un asesinato, al margen de las circunstancias. Se consideraba tan sólo «la destrucción de un bien».

Inmediatamente después de que Norteamérica alcanzara su independencia, empezó a ocurrir algo extraño. La tasa de asesinatos en las ciudades comenzó a aumentar de forma espectacular, casi de la noche a la mañana. A diferencia de los asesinatos por honor de años precedentes, éstos parecían ser asesinatos fortui-

tos, sin sentido. Entre 1802 y 1807, sólo en Nueva York se registró la increíble cifra de doscientos cuatro homicidios que nunca se resolvieron. Se trataba de homicidios sin testigos, sin móvil y a menudo sin una causa aparente de la muerte. Dado que los investigadores (en su mayoría voluntarios que carecían de formación) no abrieron expedientes de dichos asesinatos, las únicas pistas de que disponemos provienen de un puñado de artículos de viejos y desteñidos periódicos. Especialmente uno, el *New York Spectator*, describe el pánico que había cundido en la ciudad en julio de 1806.

Un tal señor Stokes, que vive en el número 210 de la calle Décima, se encontró a la pobre víctima, una mujer mulata, durante su paseo matutino. El caballero comentó que la mujer tenía los ojos abiertos, y el cuerpo muy rígido, como si se hubiese secado al sol. Un policía llamado McLeay me informó de que no habían hallado restos de sangre junto a la desdichada, ni en su ropa, y que la única herida era un pequeño orificio en su muñeca. Es la cuadragésima segunda víctima que muere de esa forma este año. El alcalde, el honorable Dewitt Clinton, recomienda respetuosamente a los honrados ciudadanos que prolonguen su vigilancia hasta que el canalla haya sido capturado. Asimismo, aconseja que las mujeres y los niños caminen siempre por las calles acompañados de un caballero, y a los caballeros que caminen siempre por las calles en parejas después de que haya oscurecido.

La escena guardaba una inquietante semejanza con otra docena de casos acaecidos ese verano. No había sangre. La víctima tenía los ojos abiertos y el cuerpo rígido. Su rostro era una máscara de terror. Al poco tiempo emergió un patrón entre las víctimas: eran negros libres, vagabundos, prostitutas, viajeros y discapacita-

dos psíquicos, personas con escasa o ninguna vinculación con la ciudad, sin familia, y cuyos asesinatos no era probable que incitara a las airadas masas a buscar justicia. Nueva York no era el único lugar que padecía esa plaga. En la prensa de Boston y Filadelfia aparecieron numerosos artículos ese verano sobre el pánico que se había apoderado de sus habitantes. Se hablaba de siniestros locos. De espías extranjeros.

Incluso se hablaba de vampiros.

II

Sinking Springs Farm se hallaba tan alejada de la ciudad de Nueva York como era posible en la Norteamérica del siglo XIX. Pese a su nombre, la «granja» de ciento veinte hectáreas consistía principalmente en terreno boscoso, y su pedregoso suelo del este de Kentucky hacía poco probable el cultivo de buenas cosechas. Thomas Lincoln, de treinta y un años, la había adquirido por un pagaré de doscientos dólares unos meses antes de que naciera Abe. Carpintero de profesión, Thomas se había apresurado a construir una cabaña de una habitación en su nueva parcela. La cabaña medía unos cinco metros por seis, y su duro suelo de tierra estaba helado todo el año. Cuando llovía, el agua se filtraba a mares por las goteras en el techo. Cuando el viento aullaba, las corrientes de aire penetraban por las innumerables grietas en las paredes. Fue en estas humildes circunstancias que, una mañana de domingo insólitamente templada, vino al mundo el decimosexto presidente de Estados Unidos. Dicen que al nacer no lloró, sino que miró a su madre, perplejo, y sonrió.

Abe no guardaba ningún recuerdo de Sinking Springs. Cuando cumplió dos años, se produjo una disputa sobre la escritura de la parcela y Thomas trasladó a su familia a un lugar situado a unos quince kilómetros al norte, a una granja más pequeña y fértil llamada Knob Creek Farm. Pese a que el suelo era muy apto para el

cultivo, Thomas —que habría podido ganarse holgadamente la vida vendiendo maíz y grano a los colonos vecinos— cultivó menos de media hectárea.

Era un hombre analfabeto e indolente que no sabía siquiera estampar su firma hasta que mi madre le enseñó a hacerlo. No tenía la menor ambición..., no le interesaba mejorar sus circunstancias ni procurar a su familia más que lo estrictamente indispensable. Jamás plantó una hilera más de la necesaria para impedir que padeciéramos retortijones de hambre, ni procuró ganar un penique más del necesario para comprarnos las prendas más sencillas.

Un juicio excesivamente duro, escrito por Abe a los cuarenta y un años el día del funeral de su padre (al que decidió no asistir, lo cual es posible que le causara remordimientos de conciencia). Aunque nadie podía acusar a Thomas Lincoln de ser «ambicioso», todo indica que era un padre de familia responsable que mantenía a su esposa e hijos de forma decorosa, aunque sin lujos. El hecho de que no abandonara a su familia en los duros tiempos de penuria económica y desdichas, ni abandonara la frontera de las tierras colonizadas por las comodidades que ofrecía la vida en la ciudad (como hicieron muchos de sus coetáneos), dice mucho sobre su carácter. Y si bien es cierto que no siempre comprendió o aprobó las aspiraciones de su hijo, éste siempre acababa convenciendo para que le permitiera perseguirlas. No obstante, Abe nunca le perdonaría la tragedia que transformaría las vidas de ambos.

La vida de Thomas Lincoln, típica de la época, había sido una lucha constante y había estado jalonada por frecuentes tragedias. Nacido en 1778, se trasladó de Virginia a Kentucky con su padre, Abraham, y su madre, Bathsheba, siendo todavía un niño. Cuando tenía ocho años, Thomas vio cómo asesinaban a su padre ante sus ojos. Era primavera, y Abraham padre se afanaba en desbrozar un

terreno para cultivarlo «cuando fue atacado por un grupo de salvajes shawnee». Thomas observó impotente cómo su padre era golpeado hasta morir, cómo le degollaban y le arrancaban el cuero cabelludo. El chico ignoraba el motivo del ataque (suponiendo que existiera alguno), o por qué le perdonaron a él la vida. Sean cuales fueran las razones, la vida no volvió a ser la misma para Thomas Lincoln. Sin herencia, tuvo que deambular de pueblo en pueblo, llevando a cabo multitud de trabajos. Trabajó de aprendiz de carpintero, de guardia de una prisión y condujo barcas por el Misisipi y el Sangamon. Talaba árboles, araba campos y asistía a la iglesia cuando podía. Nada indica que pusiera jamás el pie en una escuela.

Esta vida tan poco memorable no habría pasado a los anales de la historia si Thomas no hubiera ido un día, cuando tenía veintiocho años, a Elizabethtown y se hubiera fijado en la hija menor de un granjero de Kentucky. Su boda, celebrada el 12 de junio de 1806, cambiaría el rumbo de la historia de una forma que ninguno de los dos soñó jamás.

A decir de todos, Nancy Hanks era una mujer inteligente, dulce y bien parecida con un «asombroso» don de la palabra (aunque, debido a su gran timidez, rara vez hablaba cuando se hallaba entre desconocidos). Era culta, pues había recibido una educación formal que su hijo no tuvo nunca. Nancy era una mujer ingeniosa, y pese a que no abundaban los libros en las zonas agrestes de Kentucky, conseguía que le prestaran o regalaran algún que otro tomo para esos raros momentos después de haber concluido las tareas cotidianas. Desde que Abe era un niño de corta edad, Nancy le leía todos los libros que caían en sus manos: *Candide* de Voltaire, *Robinson Crusoe* de Defoe, las poesías de Keats y Byron. Pero lo que más le gustaba al joven Abraham era la Biblia. El pequeño se sentaba muy atento en el regazo de su madre, impresionado por los emocionantes relatos del Antiguo Testamento: David y Goliat, el arca de Noé, las plagas de Egipto. Se sentía especialmente fascinado por la historia de Job, el hombre justo que perdió todo cuanto

poseía, que sufrió todo tipo de maldiciones, desgracias y traiciones, pero que siguió amando y alabando a Dios. «De haber sido la vida más benévola con él —escribió un amigo de la infancia seis años más tarde en un panfleto electoral—, Abe pudo haber sido sacerdote.»

Las condiciones de vida en Knob Creek Farm eran muy duras a principios de la década de 1800. En primavera, las frecuentes tormentas inundaban el riachuelo y las cosechas quedaban convertidas en campos donde el barro llegaba a la cintura. En invierno, todo el color desaparecía del gélido paisaje, y las ramas de los árboles parecían dedos retorcidos que golpeaban unas con otras sacudidas por el viento. Fue aquí donde Abe experimentaría muchos de sus primeros recuerdos: persiguiendo a su hermana mayor, Sarah, a través de hectáreas de fresnos azules y nogales de corteza escamosa; paseando a lomos de un poni en verano; partiendo leña con una pequeña hacha en compañía de su padre. Fue también aquí donde experimentaría la primera de las numerosas y trágicas pérdidas en su vida.

Cuando Abe tenía tres años, Nancy Lincoln dio a luz un niño llamado Thomas, como su padre. Los hijos varones eran una doble bendición para las familias de colonos, y Thomas padre sin duda ansiaba que llegara el día en que tuviera dos chicos sanos y robustos con quienes compartir el trabajo. Pero esos sueños no duraron mucho. El bebé murió poco antes de cumplir un mes. Abe escribiría sobre ese acontecimiento veinte años más tarde, antes de haber enterrado a dos de sus hijos.

En cuanto a mi dolor, no lo recuerdo. Quizás era demasiado joven para asimilar el significado o carácter irrevocable de ese hecho. No obstante, nunca olvidaré el tormento de mi madre y mi padre. Describirlo sería un ejercicio vano. Es el tipo de sufrimiento al que las palabras no hacen justicia. Sólo puedo decir esto: sospecho que es una angustia de la que uno no se recupera jamás. Una muerte andante.